

UN AQUELARRE MUSICAL INFINITO

David Barzallo

Borges decía que existen dos clases de escritores: Aquellos convencidos de su brevedad, cuyo impulso vital es la creatividad constante ante la certeza de que se va acercando el inevitable desenlace final, pienso por ejemplo en Bolaño o en Pizarnik o en Andrés Caicedo. Y aquellos artesanos de filigrana que sospechan el secreto del tiempo: que no existe. Esos anacoretas de la palabra que pueden tardar muchos años en decir algo, y cuando lo hacen es porque realmente vale la pena decirlo, como Juan Rulfo o Harper Lee.

Y luego existen dispositivos literarios como este. ¿Es una novela? ¿Es un manifiesto? ¿Es un experimento de la memoria?: es todo eso, y más. Es un libro cocinado a fuego lento, con cariño artesanal, pero al mismo tiempo ágil, poético, vanguardista, revelador, pródigo en referencias populares y también filosóficas y de alta literatura. Con toques de ensayo, con humor negro, con un registro que va de lo biográfico a lo absurdo, y, sobre todo, con la música como el vehículo de la memoria colectiva y personal.

Son canciones y cantores los que van desenvolviendo la trama de los personajes y

el contexto de sus hazañas y derrotas. En esa reconstrucción de las ruinas, mencionada en el epigrafe del inicio, la música juega un papel fundamental, pues no se reduce al mero entretenimiento ni al ruido de fondo. Es la savia que contiene la identidad de un pueblo, como en aquella escena, en Apariencia Intrascendente, donde los protagonistas Andrés, el chivo y Fabiola viajan en un transporte que no se sabe a ciencia cierta si es un bus o una pista de baile:

"Bailan ahora en un rincón con pasos cortos, florecen cuerpos, se abren y cierran las parejas en una melaza de contorsiones, los travestidos exhiben al danzar culebras o margaritas, afloran puñales en otra mesa, cruje el salón: es un bus bullente que circula por la ciudad sin control ni compromiso"

En ese aquelarre exuberante, la ciudad también aparece como protagonista. El narrador regresa a Guayaquil luego de un exilio voluntario, y el filtro de la nostalgia no es suficiente para reconstruir un espacio que existe ya solamente en los recuerdos. La gente cambia y también las ciudades. La gente olvida, y también las ciudades. La gente muere,

y también las ciudades. Por eso regresamos una y otra vez, por eso tarareamos la música de la infancia, por eso nos emocionamos cuando en el taxi suena JJ, porque la música, en esta historia y en la vida, es nuestro hilo de Ariadna para guiarnos a través del laberinto de nuestra propia existencia.

De ese modo, revuelto, pero no caótico, vamos conociendo a Andrés, a Rosalba, a sus hermanos, a los pintorescos vecinos, a los compañeros de infancia. Personajes llenos de vida y de contradicciones y de recuerdos, llevados con maestría a través de una prosa al mismo tiempo descarnada y elegante, que nos da cuenta de un autor maduro, capaz de evocar sin disminuir y de conmover sin agitar.



Finalmente, el libro revela, además, al excelente lector; al atento y lúcido profesor de literatura, cuya maleta guarda no solamente autores y citas, sino historias de la gente común que pueden elevarse a la experiencia universal del desarraigo, del amor y del paso del tiempo.

No me queda sino recomendar calurosamente esta lectura que estoy seguro encontrarán lúcida y provechosa en estos tiempos inciertos, donde la literatura por sí sola no salva, pero ayuda.

Cuenca, septiembre de 2024.